

20 de Julio de 1948.

Sr. D. José Luis Romero  
Buenos Aires

Querido amigo:

Acabo de recibir una carta de su hermano Francisco en la que me pone al corriente de sus últimos percances. Yo no sabía nada. De lo contrario, no necesito decirle que le habría escrito inmediatamente. Claro está que eso no le habría aliviado el dolor físico ni tampoco le habría servido para pagar el médico, de modo que mi intervención habría sido un poco inútil. No me atreví a decir que acaso mi carta habría contribuido a reducir su dolor moral, porque frente al padecimiento físico y a las facturas médicas las cuestiones morales tienen la costumbre de aguardar. Espero, pues, que, por lo menos, mis líneas le sirvan de entretenimiento a la vez que de saludo cordial para todos ustedes, de mi numerosa familia.

F  
Cierto que aun para entretenerle me doy cuenta de que mi carta va a servir para bien poco. Apenas tengo nada que contarle. Nuestra vida discurre apaciblemente del 1 al 20 de cada mes. Del 20 al 30 o al 31 se presenten problemas económicos que le dan un poco de animación. Personalmente, yo prefiero, bajo el mencionado respecto, la apacibilidad. Las preferencias personales, sin embargo, siendo consideradas como reaccionarias, no son atendidas debidamente por la sociedad. Hemos estado a punto de perecer de calor y humedad en Nueva York, pero un acontecimiento providencial o necesario, según la concepción filosófica sustentada, ha impedido ese triste acontecimiento. Don Américo Castro se fué a Francia hace casi un mes y se le ocurrió que si habitábamos su excelente casa de Princeton durante los dos meses de su ausencia, ello no implicaba forzosamente su destrucción. Por lo tanto, estamos en Princeton, N.J., en una casa de dos pisos, notablemente mayor que la reducida habitación que ocupamos en Nueva York, y rodeada de un hermoso jardín de estilo victoriano. Nos preocupa mucho la tensión internacional en Berlín, en primer lugar por nuestro conocido interés por la historia universal y las consecuencias que de ello se derivan para los individuos que, de todos modos, la componen, y en segundo lugar porque sería muy posible que este estado de cosas iddujera a don Américo a regresar de inmediato y a arrebatarnos una casa que nos tenemos muy bien ganada. Desde luego, seguimos conservando, y pagando, nuestro miserable alojamiento de Nueva York para poder encontrar techo cuando regresemos. Por el momento, disfrutamos de las ventajas de Princeton, lugar universitario donde las violaciones son escasas y la criminalidad infantil casi nula, dando con ello poco motivo a una crónica animada e incitante, como la que un convaleciente merecería. Si usted quiere, me invento un crimen, pero no respondo de la coherencia de sus datos. Como usted sabe, Princeton está lleno de ilustres matemáticos, físicos y otras gentes importantes, pero como tienen poca influencia sobre la vida pública, los asuntos marchan con bastante regularidad. Por supuesto, la vecindad del insigne Einstein y del no tan insigne Toynbee me tiene sin cuidado. En cambio,

agradezco hasta el fondo de mi corazón la regularidad con que pasa el distribuidor de leche y la persistencia con que se recoge la basura.

Cierto que desde el momento en que terminé mi último párrafo hasta el instante en que comencé éste ha habido una cesura en la cual se han insertado diversos acontecimientos que amenazan con dar al traste con tan idílica existencia. La situación en Europa se ha agravado de tal modo que ha conducido a don Américo Castro a tomar una máquina de escribir, colocar un papel en ella y enviarnos una carta donde amenaza con regresar de un momento a otro. Es posible, pues, que permanezcamos aquí sólo hasta fin de este mes. Si usted está de humor para enviarme unas líneas, hágalas llegar, pues, para mayor seguridad, a Nueva York (549 West 113th Street. Ap. 62); si nos hemos trasladado allí, allí las recibiremos; si no, nos las retransmitirán.

Pasemos a asuntos serios. La abundancia de bibliotecas o, para ser más exacto, la abundante biblioteca de que dispongo en Columbia University ha provocado en mí un súbito afán de erudición filosófica, científica e histórica que ha dado por resultado la producción industrial de notas y apuntes donde se hallan en germen varios importantes libros. Uno de ellos -el que más cerca puede estar de sus intereses- versaría sobre la historia, en un sentido mucho más riguroso que el contenido en mis más bien vagas "Cuatro visiones" que usted tuvo la bondad de reseñar y, además, de encontrar buenas. Tengo ciertas ideas que me agradaría cotejar con usted, pero me temo que esto resultaría un poco latoso en una correspondencia -sobre todo en la enviada a un supuesto convaleciente- y creo que habrá que esperar a que nos veamos si la marcha del mundo lo permite. De todos modos, si le interesara participar de tales ideas en alguna proporción, no tendría inconveniente en someterle algunas en una próxima carta. ~~Algunas~~ he encontrado varias soluciones -todas ellas incompatibles- para el problema de la historia universal, de modo que no resultaría improbable que de ellas saliera alguna luz para esta cuestión magna. Pero no quiero por el momento entrar en estos pavorosos problemas y espero que usted me dé antes la conformidad correspondiente.

No necesito decirle que le ruego saludar a todos los suyos. Renée recibió la carta de Teresa y la va a contestar, o ahora, o dentro de poco. Diga a su hermano Francisco que le contestaré pronto. Y reciba, con el deseo de su pronto restablecimiento, un abrazo muy cordial de su amigo,

Herratschman